

Rebeldes republicanos: la turba urbana de 1912, de Luis Torrejón
(Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2010)

Miguel RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ
Pontificia Universidad Católica del Perú
miguel.rodriguez@pucp.edu.pe

El libro de Luis Torrejón *Rebeldes republicanos: la turba urbana de 1912* se propone estudiar a los actores sociales de las jornadas cívicas de 1912, develando la naturaleza y la conducta de hombres y mujeres que irrumpieron en la escena política para impulsar la candidatura de Guillermo Billinghurst. Como señala el autor, la sociedad peruana de entonces vivía un tiempo de transición en el que coexistían formas de producción y organizaciones diversas. De alguna forma esto queda planteado en el título del libro, donde el autor amalgama términos que en principio parecen contrapuestos: *república* y *turba*. Mientras que el primero alude a la condición de ciudadanos, el segundo nos remite a la idea de muchedumbres desordenadas y violentas. Pero acierta, pues con ello expresa el carácter contradictorio de la República de Notables —o ‘aristocrática’ como la llamara Jorge Basadre—, en la que se implementaron procesos políticos que se apoyaron en la tradición republicana pero donde, al mismo tiempo, se cerraba la participación pública a amplios sectores de la población.

Para Jorge Basadre (1983, p. 397), con las movilizaciones populares de mayo, el pueblo apareció por primera vez en el siglo XX como actor decisivo en la escena política, poniendo de manifiesto las grietas del sistema de dominación oligárquica. Una sociedad que se transforma, en la que surgen nuevos sectores sociales (obrerros, empleados), y otros que se encuentran en el apogeo de su influencia (artesanos), pero que no tienen forma política de expresarse. El civilismo desplegó todo su poder para mantenerse en el gobierno, pero terminó sobrepasado en la coyuntura por un movimiento social capaz de congregar a diferentes sectores de la sociedad, lo que generó una crisis de legitimidad y un desenlace inesperado: la elección presidencial de Billinghurst por el Congreso. La historiografía peruana no ha reparado lo suficiente en estos episodios: en el afán por describir y caracterizar en forma global una época,

se ha soslayado el significado de esta primera crisis del dominio oligárquico que encarnan Billinghurst y el movimiento social que él lidera, pero que no siempre controla.

El autor comienza haciendo una descripción de los hechos, utilizando como fuente documentos de la Prefectura de Lima e información periodística de la época. Eso le permite reconstruir el itinerario de la violencia. El paro general convocado para impedir la elección que impondría a Aspíllaga como el quinto gobernante consecutivo del partido civilista se prolongó por tres días, entre el 25 y 27 de mayo de 1912. En los hechos, el objetivo del paro se alcanzó al finalizar el primer día, pues las autoridades desestimaron la idea de volver a instalar mesas electorales en los días siguientes, a raíz de los hechos de violencia suscitados.

Pero la violencia no se detuvo, sino que se extendió por toda la ciudad. Sin embargo, con el transcurso de los días el objetivo fue variando: el blanco de la turba pasó de las mesas electorales al ataque a comercios de inmigrantes chinos, chinganas y prostíbulos —a los que solían ir miembros de la policía secreta— y casas particulares de representantes del civilismo. El empleo de mapas por el autor para ubicar los hechos de violencia resulta útil, pues permite una mirada de conjunto que da al lector la idea de una onda expansiva que recorre Lima. Como señala Torrejón, «esa colectividad que estaba en las calles destruyendo mesas de sufragio, castigando soplones, enfrentándose a la fuerza pública e imponiendo su ‘justicia’, tenía un conjunto de motivaciones y reivindicaciones que estaban muy lejos de responder a las necesidades de una coyuntura electoral» (p. 48).

La candidatura de Billinghurst a la presidencia de la República fue un catalizador del cambio político y social que experimentaba la sociedad limeña. Es el tiempo del apogeo del mutualismo, hasta entonces correa de transmisión de la clase dominante que buscaba controlar a la plebe, y que en la coyuntura se vuelca con decisión a apoyar a un político —Billinghurst— que si bien también era un rico hombre de negocios, no provenía del cogollo de la oligarquía y se presentaba como el gran republicano que abría espacios a la participación de las clases subalternas.

En el segundo capítulo, el autor da un vistazo a esa ciudad en tránsito entre lo moderno y lo premoderno, que era la Lima de principios de siglo. La ciudad crece en población y se expande, al tiempo que los símbolos de la modernidad se hacen presentes en sus calles: la luz eléctrica, el automóvil, el cinematógrafo y otros cambios tecnológicos. Junto con ello, nos da un rico panorama sobre las condiciones de vida y trabajo de la plebe urbana. La expansión de la ciudad motiva también la reubicación de sus habitantes: si hasta entonces descubríamos la mansión señorial junto al callejón, vemos que ahora surgen barrios pobres (La Victoria, El Chirimoyo, La Cerámica) y barrios ricos (Santa Beatriz, La Colmena), en una nueva distribución del espacio. Las calles de esa ciudad en proceso de transformación son la que toman artesanos, obreros, una incipiente clase media formada por empleados públicos y de comercio y el pueblo llano, dándoles por primera vez la dimensión de espacio público.

En el capítulo final nos presenta a los actores sociales de estas ‘jornadas cívicas’, los rostros de la violencia, y luego un acucioso trabajo de archivo en el que observamos, no sin sorpresa, que fallecidos y heridos en las tres jornadas de paro pertenecen al mundo laboral. No hay vagabundos o gente sin ocupación, sino gente con oficio que, como sabemos, está inserta en un amplio tejido social y de redes a través de las sociedades mutuales. Esos días de paro en Lima no son tampoco las primeras jornadas de protesta: ya en el año anterior los trabajadores de Vitarte habían promovido un paro general, y las numerosas sociedades mutuales concentradas en dos centrales (la Confederación de Artesanos y la Asamblea de Sociedades Unidas) tenían una vida activa importante y participaban en la vida pública y política de la república. En estos años, por ejemplo, las sociedades mutuales organizaban las procesiones cívicas en homenaje a los caídos en la defensa de Lima durante la Guerra del Pacífico. Por otro lado está el sindicalismo anarquista, que vivía una época de auge organizado en torno a instituciones sindicales y culturales, y que publicó varios periódicos. Hay, entonces, un tejido social denso que vincula y organiza al mundo laboral. Por otro lado, Torrejón nos presenta a la dirigencia del billinghurrismo, donde conviven militares, intelectuales, ex demócratas, constitucionalistas y liberales. Dos cosas parecen unir a todos ellos: su oposición al civilismo y, en muchos casos, un pasado relacionado con la Guerra del Pacífico. Lo que el libro no explica es cómo se vinculaba esta dirigencia con sus bases. O, dicho de otra forma, cómo Billinghamst pudo congregarse tras de sí a un mundo tan diverso y heterogéneo de voluntades e intereses, o qué expectativas despertaba en ese amplio movimiento social que había detrás de su candidatura.

Como todo buen libro, el de Torrejón nos deja con las ganas de conocer más e ir un poco más allá en el tiempo. A su vez, abre caminos nuevos a la investigación. Luego de leer las páginas de *Rebeldes republicanos*, resulta inevitable preguntarse qué papel jugaron los actores de las jornadas cívicas en su gobierno. La historiografía peruana sobre el movimiento obrero ha mirado con ojeriza al mutualismo, acusándolo de obsecuencia al poder y soslayando su importancia, cuando no haciendo de él una caricatura. Sin embargo, el mutualismo fue un movimiento heterogéneo en cuyo interior hubo una mezcla de tradiciones ideológicas provenientes del catolicismo, el liberalismo y el socialismo, lo cual explica en parte las divisiones que el movimiento tuvo en su historia. Recordemos que los Lévano, dirigentes de la tendencia anarcosindicalista de nuestro movimiento obrero en su etapa auroral, comenzaron su actividad política en el mutualismo.

Con su trabajo, Torrejón abre la puerta a un mundo hasta ahora poco explorado. La invitación está hecha.

Referencias

Basadre, J. [1939] (1983). *Historia de la República*. Tomo VIII. Lima: Editorial Universitaria.